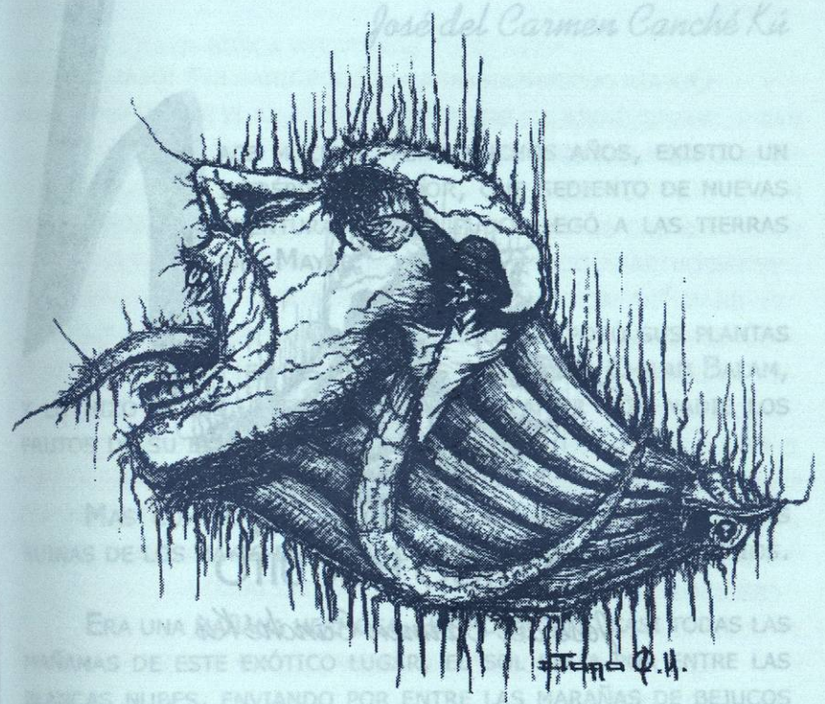
-Tú también tienes la culpa en vez de enseñarle karate le hubieras enseñado a cómo no ser una cualquiera, y para colmo embarazarse, mira como pagó mis desvelos . . . y yo que creí en el padre Salomón, snif, snif, buu.

Y siguió hablando con palabras que en verdad parecían en lenguaje extraño y desconocido.



CASTIGO FORTUITO

José del Carmen Canché Kú

CASTIGO FORTUITO

José del Carmen Canché Kú

Hace muchos, pero muchos años, existio un intrépido cazador, que sediento de nuevas aventuras, como pudo llegó a las tierras del Mayab.

Con tanta emoción posó sus plantas en las hermosas tierras del Chilam Balam, y lo hizo solos, pues no quiso compartir con nadie los frutos de su expedición.

Mas con lo que no contaba era que la selva y las ruinas de los mayas estaban plagadas de grandes misterios.

Era una mañana hermosa, hermosa como casi todas las mañanas de este exótico lugar, el sol salía por entre las blancas nubes, enviando por entre las marañas de bejucos que se enredaban en las ramas de los árboles sus rayos de alborada.

Los bejucos aprisionaban a las ramas como lo más valioso de su existencia, con la poca claridad del día que empezaba hacían confundirse con las boas, aprisionando a sus víctimas antes de devorarlas.

Así era esta mañana en que Diego llegó al gran valle de Etzná, sin hablar con nadie ni decir agua va se internó en la selva.

Después de varias horas de camino, adyacente más trémulo por la emoción de tanta belleza, vencido por el cansancio se sentó en una piedra a la sombra del frondoso árbol.

Quería descansar para así coordinar sus ideas, porque ni él mismo sabía lo que buscaba, más la fatiga terminó por vencerlo y quedóse profundamente dormido.

Lo que él nunca supo fue que en la misma piedra donde se encontraba dormido y debajo del milenario yax ek, murió el gran "ha-ach-uinic" (señor de todas aquellas tierras) víctima de múltiples heridas en su última batalla, y que su sangre corrió por toda la tierra, quedando desde entonces encantada.

El brujo del reino se puso en vigilancia permanente a un sin fin de "Aluxes" (pequeños duendes) al cuidado del sagrado lugar, los aluxes eran grises, parecían cactus crecidos en una tierra con mucha vegetación.

Cactus que podían estarse ahí, con lluvia o bajo los rayos del sol.

El vigilante en turno fue con la noticia del intruso, el rey de los aluxes al escuchar la noticia ni tardo ni perezoso fue en su busca, y cuando lo tuvo en frente lo tocó con su varita mágica preguntándole con voz temeraria y de mando.

-¿Quién eres y qué haces aquí infeliz?.-

En un instante hizo que el cazador se pusiera en cuclillas sobre la piedra, y éste constestó.

-Soy Diego, y buscó aventuras, aventuras fuertes y fascinantes-.

-¿Quién busca aventuras fuertes?.-

Preguntó el rey de los pequeños duendes que danzaban entre aquellas marañas verdes y resplandecientes, asidos de las manos en farándula loca y sonora que celebraban con risas al verse grandes en las sombras, éstos se detuvieron y contestaron al unísono.

-Diego, Diego, Diego busca aventuras fuertes señor-.
-Pues bien eso es lo que busca, eso le daremos-.

Y tocando la piedra con el bastón, apareciéndole en el acto una visión fantasmal, éste era un enorme jabalí que se le abalanzó propinándole golpes a diestra y siniestra y alejándose para luego volver a embestir con más fiereza.

-Ay, ay, ay . . . quítenmelo de encima, no dejen que me mate, apiádense de este pobre gallego.

Al ver las lágrimas en los ojos del cazador, el rey de los aluxes quitóle la visión, para luego ponerse a danzar junto a la multitud en torno al prisionero, éste que se encontraba bajo el dominio mágico no podía distinguir quién era quién, porque éstos eran muchos y giraban en la misma posición , y le parecían todos igualitos, como que fueron hechos en serie o paridos por la misma madre.

El rey habló y todos se detuvieron como si fueran movidos por el mismo resorte. El rey preguntó.

-¿Quién sacrifica y mata a nuestros animalitos?.-

-Diego, Diego, Diego es el cruel verdugo de ellos señor. No sólo los mata también se los come señor.

A lo que el gran alux ordenó enfurecido.

-Ábranle las puertas de la segunda visión-.

Y de nuevo tocó al cazador con su cayado mágico y éste vio claramente a un sin fin de animales que él había sacrificado, los estaba viendo salir de uno por uno por entre la tierra, cuando le tocó salir al último, todos se miraron y se avalanzaron contra él.

El cazador les vio los ojos llenos de furia y comprendió sus intenciones, con lágrimas en los ojos se puso a temblar.

Los animales arremetieron contra él descargando su furia contenida por mucho tiempo . . . cobraron venganza. Diego el cazador dirigió su mirada maltrecha hacia el rey de los aluxes y le dijo entre lágrimas.

-No dejes que me maten señor, por lo que más quieras sálvame por favor . . . ag . . . ay, ay, ayyy . . .

El gran alux le quitó la visión.

Inmediatamente los aluxes se pusieron a danzar con sus cánticos rituales, se regocijaron con creces. Otra vez el gran alux volvió a preguntar.

-¿Quién fue el que interrumpió la paz de nuestro señor?.

-Sí, fue Diego, Diego el cazador fue quien rompió la paz de nuestro señor.

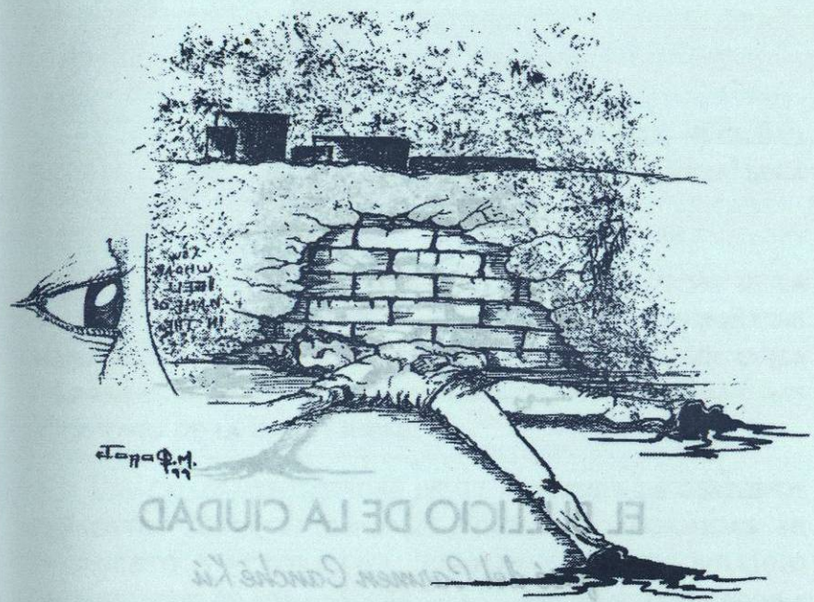
-Entonces póngalo en la tercera visión. Lo volvió a tocar con su cayado mágico.

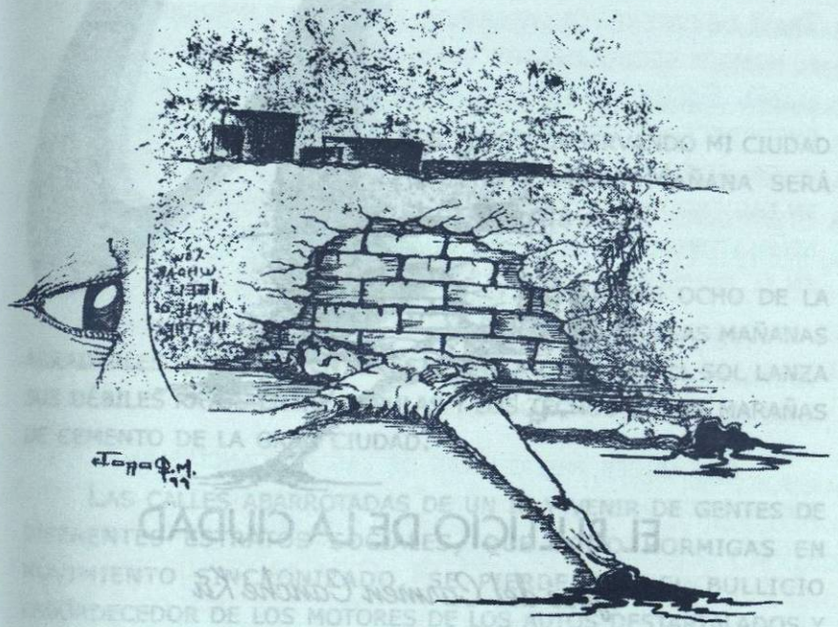
Diego el cazador vio cuando la tierra se habría enfrente de él, y tres cuerpos harapientos, semidestruídos por el tiempo se pusieron de pie, en sus manos traían cada uno un arma extraña semejante a un bate de béisbol, y hablaron en su lengua nativa "huilex, sac-uinic" (miren un hombre blanco) y atacaron con desmesurada fiereza, cobrándose algo que el cazador jamás supo comprender.

-Ayyy, ay, ayyy . . . señor no dejes que me maten, te juro que jamás volveré a matar ningún animal, pero sálvame ya no puedo másss . . .

Y la visión le fue quitada, los pequeños duendes dejaron de danzar, habían gozado como nunca, se pusieron a observar mientras seguían vigilando.

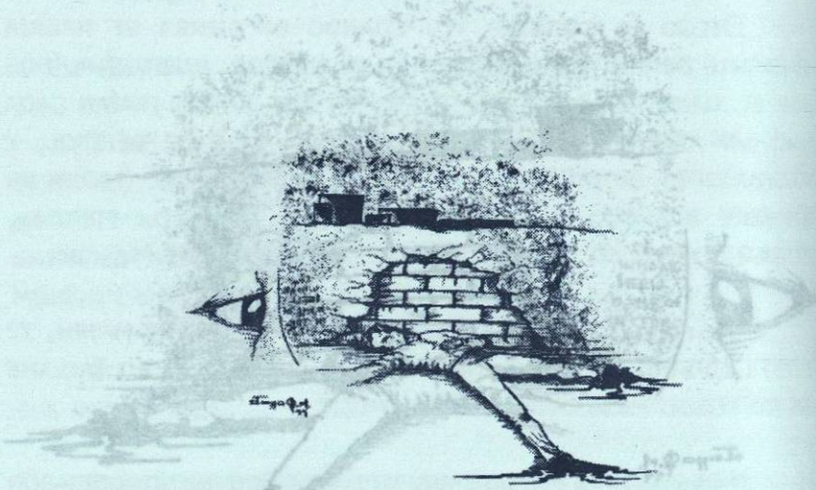
Al cabo de un corto período de tiempo el cazador despertó, miró a su alrededor y pensó que todo había sido un sueño, pero, al moverse sintió el cuerpo adolorido y al verse los moretones por todo el cuerpo, un temor grandísimo le invadió todo su ser, más venciendo su miedo se regresó a la civilización jurando nunca más salir de cacería.





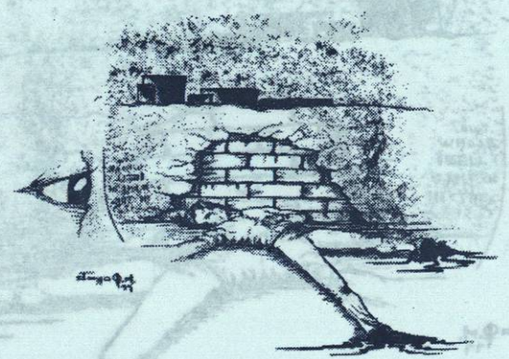
EL BULLICIO DE LA CIUDAD

José del Carmen Canché Kú



EL BULLICIO DE LA CIUDAD

José del Carmen Canché Kú



EL BULLICIO DE LA CIUDAD

José del Carmen Canché Kú

EL BULLICIO DE LA CIUDAD

José del Carmen Canché Kú

AÑOS TENGO OBSERVANDO MI CIUDAD QUE NO CAMBIA. MAÑANA SERÁ OTRO DÍA ...

ERAN LAS OCHO DE LA MAÑANA, UNA DE ESAS MAÑANAS AGRADABLES QUE SE VIVEN EN ESTA ÉPOCA DEL AÑO. EL SOL LANZA SUS DÉBILES RAYOS ENTRE CÚPULAS Y LOS TECHOS DE LAS MARAÑAS DE CEMENTO DE LA GRAN CIUDAD.

LAS CALLES ABARROTADAS DE UN IR Y VENIR DE GENTES DE DIFERENTES ESTRATOS SOCIALES, QUE COMO HORMIGAS EN MOVIMIENTO SINCRONIZADO, SE PIERDEN EN EL BULLICIO ENSORDECEDOR DE LOS MOTORES DE LOS AUTOS DESTARTALADOS Y VIEJOS QUE AÚN CIRCULAN EN LAS CALLES DE LA CIUDAD.

EL SOL VA ENDURECIENDO SUS RAYOS, QUE LANZA COMO SAETAS INCRUSTÁNDOSE EN LO MÓVIL E INMÓVIL QUE HABITA SOBRE LA TIERRA. EN LA ESQUINA, EL TRANSPORTE URBANO SE DETIENE EN LA PARADA, DONDE UNA FILA DE GENTE ESPERA ANSIOSA SU LLEGADA. AL DETENERSE, TODOS TRATAN DE SER LOS PRIMEROS EN ABORDAR, MIENTRAS EN LA ACERA, LLAMA LA ATENCIÓN EL CONTONEO DE CADERAS FEMENINAS EN UN GRUPO DE ESTUDIANTES DE LA FACULTAD QUE VAN COMO COMPARSAS EN DESFILE, QUE ENTRE ANÉCDOTAS Y RISAS VAN A ENFRENTARSE A

las clases del día.

Una mano se posa en mi hombro sacándome de mi admiración; era un tipo con el pelo largo y los ojos como tomates me miró detenidamente y me dijo con pasmosa serenidad y sorpresa, como si acabara de descubrir algo sumamente importante, ¡oye viejo, ¿te has dado cuenta de que la ley de gravedad ejerce mayor influencia en la noche, y así nos acercamos más al centro gravitacional del planeta? Traté de detener la carcajada, más me fue imposible, mientras el hombre seguía desarrollando su teoría, como él mismo le llamó. Siguió su camino, el tipo se fue. Mientras el ruido ensordecedor se hacía más grave, la gente caminaba más de prisa, se escuchaban los silbatos de los agentes de tránsito en las esquinas, que hacían gala de sus ágiles movimientos señalatorios. El chillido de los neumáticos que se desgastan en el pavimento con sus bruscos frenones.

De pronto se escucha el ulular de la sirena de una ambulancia que corre vertiginosa, abriéndose paso en el zigzagueo para llegar presta a su destino.

Las voces pregoneras de las mercancías en venta se dejan escuchar al unísono "pásele marchante, lleve de lo mejor, aquí está el Calciplas el calzado que dura más". Aprovechando el tumulto en la parada de los urbanos un tipo con un periódico en la mano que usa como tapiña, aprovecha la confusión y mete la mano en el bolso de una señora que sigue mirando a su alrededor sin darse cuenta de que ha sido robada.

Volteo al sentir el peso de una mano en el hombro, es un hombrecillo bajo y rechoncho que con su folklórico pregonar me dice "oye viejo aquí está, ha llegado la divina providencia, no la dejes ir, que esta llega una vez en la vida, aprovéchala, que a sólo diez pesos el cachito", y como no le hice caso a su discurso, siguió con su peregrinar pregonero.

El sol avanza en la esfera celeste mientras aumenta el calor con sus rayos castigadores, empezando a levantarse de la muchedumbre un fuerte olor a rebaño. El ir y venir aminora un poco, la avenida se ve menos atiborrada, el olor a fritangas empieza a sentirse, con las botanas de las cantinas que empiezan a sazonarse, el bullicio y las canciones de los mariachis se dejaron oír con sus acordes desafinados, más ponen de manifiesto su alegría parrandera.

Una patrulla frena con celeridad haciendo rechinar sus neumáticos en el candente pavimento, se bajan tres hombres uniformados portando armas sofisticadas y mirando para todos lados, tratando de llamar la atención de los presentes. Uno de ellos se me queda mirando y se acerca diciéndome con una foto en la mano, ¡viejo! ¿has visto a este sujeto por aquí? Como única respuesta a su pregunta le moví la cabeza mientras seguía con la vista, una parvada de palomas que se lanzaban presurosas a las sombras de la suntuosa catedral, pues el sol aumentaba con una sarcástica sonrisa su sofocante calor.

Estaba por retirarme, pues mis tripas me gruñían desesperadas, cuando un borracho con paso trastabilloso y con mirada perdida, me dijo - Jóven, ¿no has visto al Chololo por acá?-. Sin darme tiempo a contestarle siguió su camino balbuceando vituperios, entre trastabilleos buscando su morada. Años tengo observando mi ciudad que no cambia. Mañana será otro día.